

San Manuel Bueno, mártir

*Miguel de
Unamuno*



Introducción de
Vicente Muñoz Puelles

Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que pertenece esta mi querida aldea de Valverde de Lucerna, anda, a lo que se dice, promoviendo el proceso para la beatificación de nuestro don Manuel, o, mejor, san Manuel Bueno, que fue en esta parroquia, quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y solo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal¹ que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Ángela Carballino.

-
1. Unamuno, lejos de mostrar un pensamiento claro, prefería proponer contradicciones aparentes que concluyera en su mente el propio lector. Es este uno de los ejemplos más notables. Como indica Rodolfo Gutiérrez Simón en su artículo «La agencia religiosa de la mujer en la narrativa de Unamuno» (*Bajo Palabra*, II Época, págs. 42-43), «Unamuno imputará implícitamente a Dios una serie de características negativas típicamente masculinas, como ideal teórico, ya que algunos de sus personajes no los encarnan». En estos casos, al varón se le suele feminizar a través de cualidades simbólicamente femeninas, como sucede con «varón matriarcal», donde don Manuel queda, a un mismo tiempo, como padre y madre.

Al otro, a mi padre carnal y temporal, apenas si le conocí, pues se me murió siendo yo muy niña.² Sé que había llegado de forastero a nuestra Valverde de Lucerna, que aquí arraigó al casarse aquí con mi madre. Trajo consigo unos cuantos libros, el *Quijote*, obras de teatro clásico, algunas novelas, historias, el *Bertoldo*,³ todo revuelto, y de estos libros, los únicos casi que había en toda la aldea, devoré yo ensueños siendo niña. Mi buena

-
2. Es sabido que las referencias personales en la obra de Unamuno son frecuentes. En este caso, nótese el paralelismo entre la orfandad de Ángela y Lázaro y la del propio Unamuno, cuyo padre, como se ha dicho en la introducción, había emigrado a Tepec (México) y a su vuelta a España trajo consigo cierto capital y una pequeña cantidad de libros; también comparte con Ángela la edad a la que quedó huérfano de padre, ya que este murió el 14 de julio de 1870, cuando Unamuno era solo un niño de seis años.
 3. Unamuno selecciona este título como ejemplo de literatura popular. Se trata de una obra del siglo xvii de Giulio Cesare Croce, basada en las historias populares de Bertoldo, personaje del que ya se contaban peripecias desde la Edad Media. Llama la atención que esta obra aparezca al lado del *Quijote* y de referencias a los clásicos, como forma de mezclar la «alta literatura» con la de divertimento. Más adelante, don Manuel invitará a Ángela a leer el *Bertoldo*.

madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de don Manuel, a quien, como todo el pueblo, adoraba, de quien estaba enamorada —claro que castísimamente—, le habían borrado el recuerdo de los de su marido. A quien encomendaba a Dios, y fervorosamente, cada día al rezar el rosario.

De nuestro don Manuel me acuerdo como si fuese de cosa de ayer, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al colegio de religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago.⁴ Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma.

4. Nótese cómo identifica Ángela los elementos más significativos del paisaje de su pueblo con el propio don Manuel. Para ella, san Manuel, el lago y la montaña son lo mismo.

Entonces fue cuando mi hermano Lázaro, que estaba en América, de donde nos mandaba regularmente dinero, con que vivíamos en decorosa holgura, hizo que mi madre me mandase al colegio de religiosas, a que se completara, fuera de la aldea, mi educación, y esto aunque a él, a Lázaro, no le hiciesen mucha gracia las monjas. «Pero como ahí —nos escribía— no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya. Lo importante es que Angelita se pula y que no siga entre esas zafias aldeanas». Y entré en el colegio pensando en un principio hacerme en él maestra; pero luego se me atragantó la pedagogía.

En el colegio conocí a niñas de la ciudad e intimé con alguna de ellas. Pero seguía atenta a las cosas y a las gentes de nuestra aldea, de la que recibía frecuentes noticias y tal vez alguna visita. Y hasta al colegio llegaba la fama de nuestro párroco, de quien empezaba a hablarse en la ciudad episcopal. Las monjas no hacían sino interrogarme respecto a él.

Desde muy niña alimenté, no sé bien cómo, curiosidades, preocupaciones e inquietudes, debidas, en parte al menos, a aquel revoltijo de libros de mi padre, y todo ello se me medró en el colegio, en el trato, sobre todo, con una compañera que se me aficionó desmedidamente y que unas veces me proponía que entrásemos juntas a la vez en un mismo convento, jurándonos, y hasta firmando el juramento con nuestra sangre, hermandad perpetua, y otras veces me hablaba, con los ojos semicerrados, de novios y de aventuras matrimoniales. Por cierto que no he vuelto a saber de ella ni de su suerte. Y eso que cuando se hablaba de nuestro don Manuel, o cuando mi madre me decía algo de él en sus cartas –y era en casi todas–, que yo

leía a mi amiga, esta exclamaba como en arrobo:
«¡Qué suerte, chica, la de poder vivir cerca de un
santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y
poder besarle la mano! Cuando vuelvas a tu pue-
blo, escíbeme mucho, mucho, y cuéntame de él».

Pasé en el colegio unos cinco años, que ahora se me pierden como un sueño de madrugada en la lejanía del recuerdo, y a los quince volví a mi Valverde de Lucerna. Ya toda ella era don Manuel; don Manuel con el lago y con la montaña.⁵ Llegué ansiosa de conocerle, de ponerme bajo su protección, de que él me marcara el sendero de mi vida.

Decíase que había entrado en el seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre; que en el seminario se había distinguido por su agudeza mental y su talento y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida como un broche entre el lago y la montaña que se mira en él.

¡Y cómo quería a los suyos! Su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos,

5. Retoma aquí Unamuno la idea ya mencionada de que don Manuel era todo, lago y montaña.

y sobre todo consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir.

Me acuerdo, entre otras cosas, de que al volver de la ciudad la desgraciada hija de la tía Rabona, que se había perdido y volvió, soltera y desahuciada, trayendo un hijito consigo, don Manuel no paró hasta que hizo que se casase con ella su antiguo novio Perote y reconociese como suya a la criaturita, diciéndole:

—Mira, da padre a este pobre crío que no le tiene más que en el cielo.

—¡Pero, don Manuel, si no es mía la culpa...!

—¡Quién lo sabe, hijo, quién lo sabe...! Y, sobre todo, no se trata de culpa.

Y hoy el pobre Perote, inválido, paralítico, tiene como báculo y consuelo de su vida al hijo aquel que, contagiado de la santidad de don Manuel, reconoció por suyo no siéndolo.